



El bosque encantado

En un pequeño pueblo escondido entre las montañas vivía una niña llamada Emma. Tenía una gran imaginación y un espíritu aventurero. Una discapacidad afectaba a su movilidad, y exploraba el mundo a su manera, con curiosidad y entusiasmo. Todos conocían su pelo rojo como el fuego y sus ojos brillantes, llenos de vida.

Un día, mientras jugaba cerca del bosque que rodeaba el pueblo, vio una luz misteriosa entre los árboles. La curiosidad la animó a seguirla. A medida que avanzaba, las plantas cambiaban de aspecto y los árboles se llenaban de formas y colores extraordinarios. Sin darse cuenta, Emma había entrado en el bosque encantado.

Allí encontró criaturas que nunca habría imaginado. Conoció a Florencia, una flor que hablaba y cambiaba de color según su estado de ánimo. Florencia le explicó que el bosque estaba en peligro: una fuerza oscura amenazaba con apagar su magia.

Emma quiso ayudar. Acompañada por Florencia, emprendió un viaje lleno de desafíos y descubrimientos. Juntas recorrieron ríos que cantaban, montañas que se movían y valles donde bailaban pequeñas luces.



Por el camino conocieron a Tomás, un pájaro capaz de hablar varios idiomas, y a Elisa, una mariposa gigante de colores luminosos. Cada criatura tenía habilidades diferentes, y todas aprendían unas de otras.

La luz de la Sombra

Emma descubrió que sus ideas también eran necesarias. Su forma de observar el mundo le permitía encontrar soluciones que a los demás no se les habían ocurrido. Cuando el camino presentaba dificultades, compartían lo que sabía cada cual y buscaban juntos una manera de continuar. La creatividad y la determinación de Emma resultaron esenciales para resolver los enigmas.

Por fin llegaron al origen de aquella oscuridad. Era una criatura antigua llamada la Sombra, que había perdido su luz interior. En lugar de enfrentarse a ella sin escucharla, Emma se acercó y le habló con empatía.

Al conversar comprendió que la Sombra se sentía sola y necesitaba que alguien la escuchara. También había olvidado la alegría de compartir su luz con los demás.

Gracias a Emma y a sus nuevos amigos, la Sombra recuperó su brillo. La magia regresó al bosque y sus habitantes organizaron una gran fiesta. La música, los colores y la alegría llenaron el aire.

Emma volvió al pueblo con historias increíbles y muchas cosas que contar. Compartió sus aventuras con sus amigos y su familia, y les explicó cómo la creatividad y las ganas de explorar podían abrir caminos inesperados.

Durante mucho tiempo se recordó su aventura. Otros niños y niñas se animaron a conocer el mundo con curiosidad y a valorar sus propias



capacidades. La historia de Emma mostraba que todos podemos contribuir a una aventura y que escuchar, colaborar y respetar nuestras diferencias ayuda a construir un mundo mejor.